

Cartas para el futuro

Cartas de amor en tiempos de guerra

RAFAEL URIBE URIBE

Pablo Rodríguez Jiménez

(Selección y prólogo)

Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, Bogotá, 2014, 226 págs.

PARA FORTUNA del futuro, contamos con las cartas que Rafael Uribe enviara a su compañera de la vida: Sixta Tulia Saturnina Gaviria Sañudo, gracias a la oportuna publicación de la Universidad del Rosario. Las cartas van de marzo de 1885 a noviembre de 1907. Un total de ciento trece cartas incluidas algunas a otras personas. Cartas escritas no solo en tiempos de guerra, sino también de cortas posguerras, de nuevas preguerras y de relativa paz. Los lugares que revelan las cartas dan cuenta de un hombre en movimiento por Colombia y América durante veintidós años de su vida. Muestran, además, los sitios por donde deambulaba forjando con ello su conocimiento sobre geografía colombiana. Unas regiones más concurridas que otras. Su presencia en el occidente colombiano es una muestra también de los avances de la colonización antioqueña. Diversas poblaciones tuvieron la oportunidad de tenerlo como vecino, descubridor y fundador de pueblos.

Las cartas empiezan en Medellín, cuando Rafael y Sixta Tulia apenas eran novios en compromiso matrimonial. Para 1885, Rafael Uribe Uribe, abogado egresado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, era una personalidad muy reconocida. Como es de esperarse, las cartas giran en torno a la pasión juvenil y a la expectativa de una vida en común, no obstante la incertidumbre que produce en Uribe Uribe un país que sale de una guerra para meterse en la siguiente. Más que ideología directa, en sus palabras se revelan la preocupación que tenía por la salud y la higiene como una garantía de la vida, tanto en las condiciones propias de la cárcel y la clandestinidad, como en las de la vida cotidiana amenazada por las enfermedades tropicales y, por supuesto, por el azar de la nueva guerra en configuración.

Se debe anotar que si bien la guerra de 1884-1885 terminó en noviembre, las cartas empiezan a escribirse en marzo. En octubre Uribe Uribe está en Rionegro. Hay un silencio epistolar hasta septiembre de 1887. Para ese mes, el joven militar se está moviendo en su propia tierra y en la extensión de ella hacia los territorios del Quindío y el Valle del Cauca. Allí, no obstante breves encarcelamientos, tiene tiempo y tranquilidad para escribir y manifestar sus sentimientos entre septiembre y diciembre de 1887. A sus veintiséis años, en 1885, Uribe Uribe se quejaba de los costos personales que le había acarreado el conflicto colombiano de entonces.

Es reveladora la intensidad de las cartas. Un tiempo da para escribir más que otro. Mientras que para 1895, 1897, 1905, 1906 y 1907 abundan, los demás años están cubiertos por un manto de silencio. Es decir, que hubo épocas con posibilidades para que las cartas fluyeran y épocas aciagas en las cuales era imposible. Los silencios que se advierten expresan la imposibilidad de escribir por las vicisitudes del proceso histórico mismo, por los avatares de las guerras civiles colombianas y la implicación en ellas de Rafael Uribe Uribe. Entre 1888 y 1894 hay un silencio de seis años.

El mundo de entonces se higienizaba. Más que caer en el círculo vicioso de la eugenesia, corriente biológica de moda, lo importante era la higienización del ambiente y de las personas. El país apenas se desmontaba, la sanidad de las nuevas poblaciones era precaria y la mayoría de los individuos no tenían hábitos de aseo ni en su sitio de habitación ni para consigo mismos. Uribe Uribe, quien vivía en plena época de la colonización antioqueña, lo sabía muy bien. El país tenía que lidiar con sus conflictos sociales y también con la adversidad del trópico. Incluso Bogotá, una ciudad a 2.600 metros de altura era presa de la suciedad y de enfermedades endémicas. Por ejemplo, para el tifo que la azotaba en 1894 recomendaba mantener muy limpios los servicios sanitarios y regar la casa varias veces con agua fenicada. “Mira que un tifo bogotano es mortal y no debemos exponernos, por descuido, a una desgracia” [pág. 24], le escribía a su esposa.

Sus cartas muestran el estado sanitario e higiénico de la Colombia de entonces. Por ello, la temática más reiterada es la de la salud, la de su prevención; es esta su mayor preocupación. Aboga por el disfrute del aire libre, de los paseos, del sol, de los climas secos, del baño diario, de habitar en casas de techo alto y ventiladas, de bañarse en ríos, de hacer ejercicio permanente: “Me he bañado en el río, cuyas aguas son frigidísimas pues vienen del páramo, pero haciendo ejercicio y reacción es lo más saludable del mundo” [pág. 35]. Uribe Uribe era un fanático de la salud. Imparte recomendaciones y exige cumplimiento: “Supongo que comprarías la cascarilla para asearte la boca, que te darás uno que otro baño general y saldrás a hacer ejercicio” [pág. 25], le escribía a su mujer en agosto de 1894 desde Ceilán. En otra ocasión, desde ese mismo lugar, le escribía: “No olvides hacer abrir por la mañana las ventanas todas desde mi escritorio y la sala hasta tus alcobas, al calentar el sol, para que todo se ventile y purifique” [pág. 76]. No solo daba consejos para conservarla y robustecerla, sino que él mismo aplicaba normas pues daba la impresión de ser un hombre sensible a las enfermedades. Hay siempre una queja al respecto. Pero era que también los tiempos que corrían se lo exigían: debía mantenerse en forma. Muy temprano empieza a quejarse de dolores reumáticos.

Creía Uribe Uribe que la cumbre de la vida era la edad de los cuarenta años a los cuales estaba llegando en 1898, y eso lo torturaba, pues pensaba también que de ahí al sepulcro había poco tiempo. La muerte estaba siempre en su pensamiento. De hecho, rondaba por doquier por la insalubridad, una de sus causas, y por la inestable situación política.

En sus cartas Uribe Uribe transmite su preocupación por la formación del ser humano, es un hombre para quien la virtud es parte insustituible de ello. La temprana educación en casa es altamente valorada. Sufre por no poder estar todo el tiempo al lado de su joven familia para incidir de manera directa en su formación y se ve obligado a recurrir al género epistolar para desde allí guiar a los miembros de su familia. Delega en su esposa esa misión, su permanente ausencia así se

lo exige, es ella quien debe educar a los hijos mediante indicaciones precisas. Es como si las cartas llenaran el vacío del marido y padre ausente. Hay un desplazamiento del amor individual de la pareja hacia la familia. Le importa la preservación de la salud de su esposa no solo por su propio bien, sino por su papel como sustentadora real de la familia. Pero no es un padre ausente, un marido ausente sin responsabilidades. Su presencia es permanente: construyendo un futuro económico, en la guerra defendiendo sus ideales, o en el exterior cosechando los reconocimientos a su heroicidad.

César Augusto Ayala Diago

Departamento de Historia,
Universidad Nacional